

Queridos amigos de los niños:

Como Presidente de la Asociación Internacional de Pediatría, y hablando tras casi siete décadas de vida, llevo el peso y el cansancio de quien ha sido testigo de ciclos repetidos de violencia en su tierra natal. He visto generaciones sucederse sin que se alcance una paz duradera. Mi país, donde a Dios se le ha dado muchos nombres y existen numerosas religiones, hoy ve cómo esas religiones se usan como armas. Credos que deberían enseñar compasión hablan en su lugar de Dios y combaten en Su nombre. Imaginen lo que eso provoca en nuestros niños: les enseña odio, desconfianza y la certeza de que el otro es un enemigo.

Esto no es un miedo abstracto. Cuando la violencia se envuelve en un lenguaje sagrado, se vuelve incuestionable. La certeza moral se endurece hasta volverse inmóvil. Las identidades se fusionan con el conflicto, de modo que pertenecer a una religión o a un grupo se convierte en una necesidad existencial. Los niños aprenden el odio como herencia. Heredan traumas y agravios y, con ellos, un futuro de represalias en lugar de reconciliación.

Vivimos en lugares donde los espacios cívicos se han debilitado. Los tribunales, las escuelas, los medios y otras instituciones neutrales que podrían proteger el bien común son con demasiada frecuencia capturados por quienes se benefician de la división. La retribución pasa a formar parte de nuestra memoria social, y la fe misma se distorsiona —ya sea para justificar el daño o para ser abandonada por quienes antes hallaban consuelo en ella.

Hacer la guerra no trae la paz. La guerra hiere cuerpos, mentes y comunidades de maneras que perduran durante generaciones. La violencia engendra más violencia; profundiza el trauma, fractura la confianza y hace que la sanación y la reconciliación sean mucho más difíciles. Los costos recaen con mayor fuerza sobre los niños, que sufren pérdidas, interrupciones y daños psicosociales a largo plazo que minan su capacidad para aprender, relacionarse y construir futuros pacíficos.

No imagino un mundo perfecto. Pero puedo y debo imaginar un mundo ideal para nuestros niños: un mundo que haga la paz posible, probable y sostenible. En ese mundo, la dignidad humana está en el centro. Todo niño aprende que todas las personas merecen respeto y derechos básicos, independientemente de su fe u origen. Las instituciones —tribunales, policía, prensa y escuelas— son fuertes e imparciales, y la vida espiritual no debe permitirse que coaccione ni justifique la violencia. La educación enseña empatía y pensamiento crítico. La vida pública genera identidades cívicas compartidas para que ninguna identidad monopolice la lealtad. Mercados, parques, escuelas y festivales son lugares donde la gente se encuentra, trabaja y forma amistades duraderas. Existen rituales de reconciliación que reconocen el daño y reparan las relaciones. La oportunidad económica y la equidad reducen los incentivos para explotar el odio con fines de lucro. Los líderes modelan la templanza y rinden cuentas cuando incitan a la división. Las narrativas públicas —en libros, medios y sermones— deben enfatizar nuestra humanidad común en lugar de las enemistades antiguas utilizadas para atarnos al odio.

Esto no es mero idealismo; es práctico y necesario. Pequeños actos de coraje y hábitos diarios construyen la cultura que heredarán nuestros hijos. Incluso en los lugares más oscuros, las pequeñas victorias importan: niños jugando juntos en un parque compartido, mercados que permanecen abiertos para todos, un aula donde se enseña la historia con honestidad. El cambio es generacional y lento, pero se acumula. No se puede evitar todo conflicto, y ese no es el objetivo. El objetivo es gestionar la diferencia sin deshumanización ni violencia.

La fe misma puede ser una fuerza poderosa para la paz. Cuando los líderes espirituales eligen la humildad y la compasión, la religión puede sanar en lugar de dañar. Debemos pedir a esos líderes que hablen y actúen para la protección de todas las personas, no para favorecer a un grupo en detrimento de otro.

Como Presidente de la Asociación Internacional de Pediatría, me comprometo, en nombre de nuestra organización, a:

- Defender políticas centradas en la infancia que protejan a los niños de los daños de la violencia basada en la identidad;
- Apoyar programas educativos que enseñen empatía, pensamiento crítico y alfabetización mediática;
- Asociarnos con líderes cívicos y religiosos para crear espacios seguros e inclusivos donde los niños puedan aprender y jugar;
- Documentar y denunciar las consecuencias sanitarias y psicosociales de la violencia sobre los niños.

Ahora soy mayor y puede que no viva para ver una transformación completa. Pero creo que los hábitos, las instituciones y las relaciones que construimos hoy cambiarán lo que hereden nuestros niños. El trabajo es largo y arduo, y, sin embargo, cada acto ordinario de honestidad, amistad y coraje va cambiando lentamente el terreno bajo nuestros pies.

Si escuchan este llamado, les ruego: miren más allá de las narrativas que se lucran con el odio. Elijan la labor pequeña y a menudo invisible de construir confianza. Apoyen las instituciones que protegen a todas las personas. Enseñen a sus hijos a formular preguntas difíciles y a ver la humanidad en los demás. De este modo podremos avanzar hacia un mundo donde la fe eleva en lugar de destruir, donde los niños crecen con dignidad y posibilidades, y donde la violencia ya no encuentre refugio en nombre de Dios.

Con urgencia y esperanza,
Profesor Joseph HADDAD
Presidente, Asociación Internacional de Pediatría

